

# Dolores Campos-Herrero, investigaciones creativas y un Bestiario

Carmen Márquez Montes

A mitad de los años ochenta incursiona Dolores Campos-Herrero en la literatura con la publicación del poemario *Chanel número cinco* (1985) y con los dos libros de cuentos *Daiquiri y otros cuentos* (1987) y *Basora* (cuentos) (1989), a los que siguen una nueva colección de cuentos, *Alejandra me mira* (1990), y el libro infantil *Azalea* (1994). Momento desde el que solo hallamos publicaciones suyas en la prensa y revistas, tanto de las Islas como peninsulares, o en libros colectivos. Sabemos que continuaba escribiendo, solo que no editaba libros completos por razones que no vienen al caso ahora. Lo cierto es que, tras este periodo de la segunda mitad de los noventa, vuelve a la escena editorial en 2002 con el poemario *Siete lunas* (2002), momento desde el que es incesante su presencia en los anaqueles de las librerías con uno, dos o, incluso, tres libros al año, hasta su *Rosaura y los autómatas* (2007). Además, desde luego, de los libros póstumos. Relatos, cuentos y obra lírica conforman su producción de ficción —pues no entramos aquí en los textos periodísticos—, si bien, es importante señalar que hay otros textos que son difíciles de catalogar, son lo que la propia autora llamó «heterodoxias», es decir, textualidades que son difíciles de encasillar en alguno de los géneros más tradicionales o bien otros géneros que se cultivaron en determinados momentos y luego

dejaron de utilizarse. Hay varios ejemplos en producción de Dolores Campos-Herrero, ello porque fue una gran investigadora de la creación, que en cada proyecto afrontaba una nueva experimentación en pos de hallar nuevos modos de expresión.

Esto es debido a que la autora nace ligada a la generación del ochenta, que cambió en panorama nacional con una narrativa que no pretendía ser ni original, ni vanguardista, ni brillante, pero que lo fue. Con un estilo que no admite preceptivas y actúa como posmoderno en lo que concierne a la elección de tradiciones o vanguardias literarias. En cuanto a la poesía, sus tendencias fueron muy diversas, aunque primó el intimismo, neorromanticismo, temas y motivos anecdóticos, utilización de un lenguaje coloquial no culturalista y sí dialógico, narratividad en el poema, pluralidad de voces en un mismo poema, procedimientos retóricos invisibles. Y, desde luego, la práctica del humor, el pastiche y la parodia, recursos estos siempre insertos en la obra poética y también narrativa de Dolores Campos. En el devenir de su creación ha ido insertándose en la fusión de géneros, donde a veces es la mera tipografía la que nos indica que se trata de uno u otro, unido a la heterodoxia temática, todo tiene cabida en la obra literaria, siempre y cuando esté bien escrita. En esta continuada búsqueda e investigación se inscribe *Fieras y*

*ángeles: un bestiario doméstico* (2004). Se trata de un texto curioso, muy interesante, que trasciende el género original.

Los bestiarios son, como sabemos, recopilaciones de animales fantásticos o mitológicos (Ave Fénix, dragones, Pegaso, Minotauros, etc.) que llegan de la antigüedad y tienen un desarrollo destacado en la Edad Media, periodo que ha dejado ejemplos preciosos, ya que, además de las descripciones de estos seres y relatos sobre los mismos, eran ilustrados de manera preciosista. Tras este auge, hay una suerte de renacer en América, debido a que los cronistas descubrían animales en el nuevo mundo y los describían usando, a menudo de manera inconsciente, el modelo de los bestiarios. Quizás este haya sido el motivo por el que la literatura hispanoamericana esté trufada de ellos, recordemos a título de ejemplo el *Manual de literatura fantástica* (1957), de Borges y Margarita Guerrero. También aparecen ocasionalmente en España, de los últimos debemos citar el de Javier Tomeo del año 2000.

*Fieras y ángeles: un bestiario doméstico* (2004) es un eslabón curioso, irónico y lúdico de esta cadena de bestiarios. La propia autora se inscribe en esta tradición cuando, en el preámbulo, dice «Me siento deudora de Plinio el Viejo, de Italo Calvino, de Álvaro Cunqueiro y de Joan Perucho; de Cortázar y Borges; de Cees Nooteboom y

de un larguísimo etcétera» (p. 9). A lo que añade una suerte de juego con el lector, pues dice inicialmente que «los hechos que a continuación se relatan son fruto únicamente de la imaginación de la autora» (p. 9), si bien, unas líneas más adelante, añade «Lamento, sin embargo, decir que cualquier parecido con la realidad no es en este caso pura coincidencia. Es que, amigos míos, la realidad es muy rara» (p. 9).

Está dividido en cuatro partes, cada una de ellas centrada en una tipología de bestiario, el primero es «bestiario de andar por casa», que comienza con «las orugas de los pensamientos vulgares» y termina con el Paracamelus, protocamellos, hasta los camellos actuales que «tienen una mirada torva; de hartura; de cansancio crónico. // Quien no la tendría si tuviera que llevar a cuestas a un ejemplar muy corriente del más vulgar homo turisticus». En toda esa vorágine de animales domésticos hay verdaderos juegos de ingenio, entre los que destaco los de «La sopa de ganso» o «El pollo a la cazuela».

La segunda parte se inicia con «Beatus Ille», el tópico clásico nos traslada al mundo exterior, habitado por burros, canarios o caracoles rosados que realizan prodigios, sin que falten las sirenas o las serpientes aladas y otros animales diversos que pueblan, sobre todo las Islas y sus mares, pero con referencias continuas a otros lugares y testimonios: «También el viejo Simbad estuvo en

tratos con una traviesa [sirena]. Y un olvidado estudioso belga dio en decir que varias familias de Irlanda, Flandes, Bretaña, Inglaterra y Dinamarca descendían, por línea directa, de estas criaturas quiméricas» (p. 88).

La tercera parte se ocupa de un bestiario poco común en el género,



el de los familiares, que comienza con la Tía Aurora, la Tía Petra, su gato (del que «se decía que era un bergante hechizado como el mismísimo asno de Lucio Apuleyo») y demás familiares «sobrinos, primos segundos y terceros y, en fin, una cohorte de familiares de distinta ralea y posición social muy diversa» (p. 115).

En la cuarta y última parte comienza por la pregunta «¿Hay vida dentro

de un armario?», que abre la nómina de un bestiario humano que vive como puede su alienada realidad o que escapa de ella a como le dé lugar.

En definitiva, un bestiario contemporáneo, fieras, ángeles y humanos despojados, en su mayoría, de la carga mitológica de sus antepasados, que vienen solo de manera ocasional a transitar estas Islas creadas y recreadas por la autora con un gran sentido del humor y un gran conocimiento de este género híbrido que llega desde la antigüedad y que tan magistralmente ha sabido misturar y trascender, aportando a la historia de la literatura occidental, como dije antes, un eslabón en la cadena de la tradición de bestiarios. Que está preñado de referencias, tanto librescas, como cinematográficas, históricas y otras de carácter más popular o de cultura de masas, en un continuado juego de transtextualidad, incluso introduce notas a pie de página como si de un ensayo se tratara.

En definitiva, Dolores Campos-Herrero es una mujer de su tiempo y una autora siempre ávida por innovar, por progresar estéticamente y está aquí su obra para demostrarlo. Una obra que entronca con la tradición, en la que se engarza de manera magistral, que evoluciona y se enriquece con el devenir del tiempo, de nuevas propuestas y de nuevas formas de mirar e interpretar el mundo.